

TÚ, EN LAS CAVILACIONES DE UNO.

Y Uno piensa

–Te quiero.

En otra disposición,

o en circunstancias diferentes,

Uno podría llegar a pensar

–Te quiero.

O incluso

podríamos utilizar un traductor

de fogonazos sinápticos

–impúdica minería hacia lo íntimo de Uno–

que nos mostrara

dos palabras

de una improbable aleatoriedad:

–Te quiero.

Pero claro,

Uno sabe también

que algunos pensamientos son en verdad

–una verdad absoluta

con la cual se podría construir

una religión propia

o una nueva teoría matemática—
de una fragilidad tan pasmosa,
de una sustancia tan ligera,
sensibilísimos podría decirse.
Entonces no hay riesgo posible.
No existe verbalización que valga.
Aún así Uno sigue, con ahínco,
a pesar del miedo a hacerlo todo añicos,
a fragmentarlo todo.
—Te quiero.

Y Uno siente,
cómo no, siente algo,
y ese algo trepa, por caminos
—que por invisibles
son de un misterio tan pasmoso,
mágicos se podría pensar—
sin geometría alguna,
trepa en silencio, callado.
Llega a la boca,
no de cualquier manera,
más bien
como si fuera una revelación,
y Uno sabe que va a contarle.
Que todo va a salir al encuentro

de quién sabe qué.

–Te quiero.

Pero no,

Uno no lo dice.

Y algo cae, por dentro,

por caminos invisibles,

sensibilísimos ya ves,

llega al corazón.

Allí todo se comprende,

como si a ese algo

tan sólo le hiciera falta un aderezo,

una impronta.

Una existencia. Un ser.

Y Uno comprende. Y siente.

–Te amo.

Y Uno, sabe.

Y no hace falta más.